

El nihilismo amable de Francisco Ruiz Noguera

*L*O QUE MÁS ME GUSTA DE FRANCISCO RUIZ NOGUERA es su nihilismo amable y divertido. Tan amable que finge creer cosas para que sus amigos no nos sintamos estúpidos fiduciarios de una realidad que él sabe vacía, y tan divertido que ese vacío, de repente ocupado por una explosión de risas, deja de atemorizarnos. El nihilismo tiene esa doble cara: nos deja a solas con el No o hace del No una casa bulliciosa y festiva. La poesía de Ruiz Noguera tiende a lo primero pero el propio Ruiz Noguera es más bien lo segundo. Así se compensan y se desactivan mutuamente las sombras demasiado peligrosas y las luces demasiado cegadoras. Su nihilismo es amable también por esto: porque no ha educado a la nada que lleva dentro para que le defienda como un perro de presa, sino para que le acompañe como un oso de zíngaro. Esa nada no es la ladrona o la asesina de ideales en que la han convertido otros autores, ni la amargada que envenena nuestras ilusiones. Esa nada suya es como una linterna que nos ayuda a descubrir los socavones del mundo antes de que cualquiera de ellos nos engulla.

Pero si uno lee despacio los libros de Ruiz Noguera verá que ese nihilismo no ha sido siempre el mismo. Al principio descansaba, casi se escondía, en mitos griegos y en ciudades extranjeras. Este nihilismo inicial era fruto de la nostalgia de fundamentos y de sus esfuerzos por volverlos a encontrar. Orfeo, el Minotauro, Ícaro, las Furias o Tántalo, así como Venecia, Ferrara, Viena o Mauthausen, formaban el itinerario de una búsqueda, el hilo de una supuesta trama universal que él deseaba restaurar. Estos personajes y estos lugares eran pistas que él interrogaba por separado para ver si entre todos le llevaban al centro de la existencia, a ese motor inmóvil refulgente que daba sentido a todo, desde los laberintos y el amor hasta los campos de concentración y la muerte. Sin embargo, ya en esos dos primeros libros se detecta un desencanto de partida, como si el autor supiera en su fuero interno que esas preguntas y esa búsqueda las efectúa la nada, no él. Un aprendiz de nihilista es el que firma estas obras, uno que se afana en reestablecer

un orden perdido que en su fuero interno duda que existiera alguna vez. De esta primera etapa Ruiz Noguera conservará una ironía pulcra de ladrón de guante blanco que entra en las mansiones de los ricos (la Mitología, la Vida, los Objetos, la misma Poesía) para robarles sus joyas y sus valores sin dejar huella, o una sola: versos que anticipan la nostalgia que atenazará a los propietarios de esas casas cuando hagan el inventario de lo que él se ha llevado.

A partir de *La luz grabada*, y muy especialmente de *Simulacro de fuego*, el nihilismo de Ruiz Noguera se hace más sabio. Por una parte ya no se va fuera del mundo, como un caballero andante del cosmos, a retar al infinito; lo que hace Ruiz Noguera es convertir el mundo entero en un gran laboratorio repleto de piedras de toque en las que calibrar la dureza de su nihilismo: un río, la luz, un cuadro de Goya o de Caravaggio o de Mantegna, una bahía, un problema retórico, un granado, etc. Por otra parte, cada vez con más frecuencia su nihilismo, menos urgente y exigente, alcanza un grado de serenidad, de paz interior, que le emparenta, probablemente sin ser consciente de ello el propio Ruiz Noguera, con el de ciertas escuelas budistas que enseñan que nada existe y que, siendo todo sólo un producto de la mente agitada, lo recomendable es aquietar ésta hasta que el vacío vuelva a reinar fuera y dentro de nosotros. La mirada de Ruiz Noguera es, en esta última etapa suya, todo menos un alfiler que detiene el devenir de lo que mira sobre un corcho; es una mirada que acompaña a las cosas y a las ideas a lo largo de su cauce, sin interrumpirlas, sin incomodarlas y también sin creer demasiado en ellas ni en quien va a su lado. Una mirada que ya no quiere encender las cosas o las ideas, sino ir las durmiendo poco a poco, apagarlas, reconocer en ellas el vacío esencial que las constituye. Por eso Ruiz Noguera escribe sin dar manotazos, sin hacer aspavientos, sin dar rienda suelta a sus pasiones: porque sabe que cualquier gesto desmesurado puede servir de excusa para que recommence la mentirosa y fatal danza del ser. Hasta el clasicismo de muchos poemas de Ruiz Noguera es menos un sometimiento a la tradición, a sus metros y a sus temas, que su modo de andar silencioso y liviano para que esta gigante iracunda no despierte y le devore mientras le desmembra; al contrario que en muchos otros, en Ruiz Noguera es una estrategia para alcanzar el equilibrio, no una capitulación por falta de aptitudes.

Un poeta tiene pocas obligaciones, pero su obligación, su tarea fundamental es no contribuir ni activa ni pasivamente a las mentiras del mundo. El nihilismo es un ejercicio de paciencia más que un acto de sabotaje. La poesía más comprometida no es la política sino la nihilista, ya que la primera pretende influir sólo sobre las circunstancias de la realidad pero la segunda modifica sus mismos fundamentos. Cada uno a su manera, Rilke, Eliot, Ricardo Reis, Cavafis, Cernuda o Paz (y los poetas zen muy especialmente) nos han enseñado el camino del poeta nihilista, que unas veces se disfraza de creyente, otras de pagano, otras de ángel,

otras de bisturí y otras de página en blanco, pero que siempre llega hasta el gran vacío que late en el centro de todo y encuentra palabras para convencernos de que nos arranquemos el corazón y lo sustituyamos por él. Ruiz Noguera pertenece a esta estirpe nihilista, y además lo es con divertida amabilidad porque no permite que su poesía sea la causa de ningún sufrimiento y porque leyéndole y tratándole los demás llegamos a familiarizarnos sin traumas con las semillas de la nada a partir de las cuales todo surge, lo que no es poco en los atribulados tiempos que corren.

JESÚS AGUADO